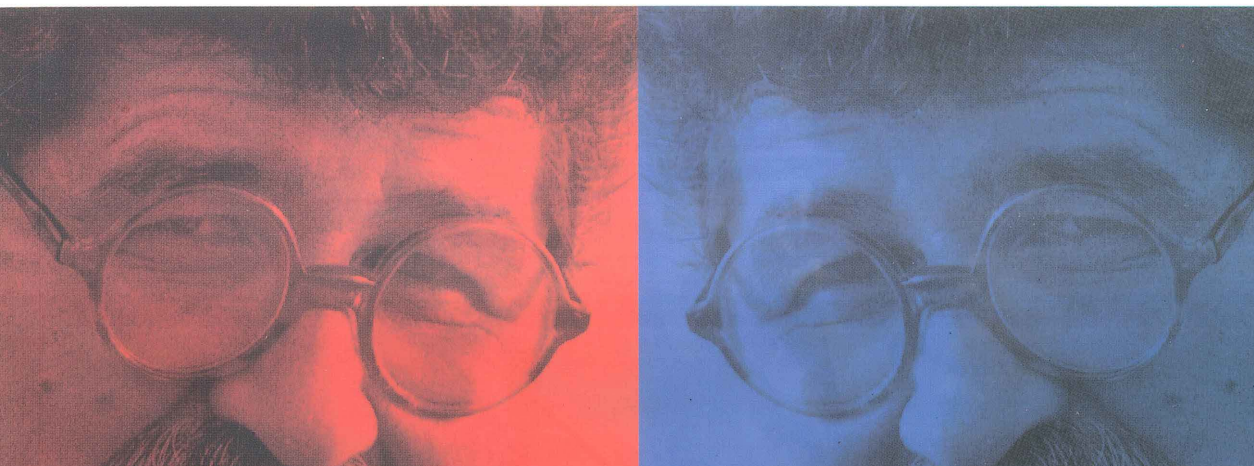


César Ferreira / Ismael P. Márquez

Editores



## Capítulo 41

# LOS MUNDOS DE ALFREDO BRYCE ECHENIQUE

Nuevos textos críticos



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ / FONDO EDITORIAL 2004

*Los mundos de Alfredo Bryce Echenique (nuevos textos críticos)*

Primera edición: setiembre 1994

Segunda edición: enero 2004

Tiraje: 500 ejemplares

© 2004, César Ferreira e Ismael P. Márquez (editores)  
© 2004 de esta edición por Fondo Editorial de la Pontificia  
Universidad Católica del Perú  
Plaza Francia N° 1164, Lima 1  
Teléfonos: 330-7410 - 330-7411  
E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Diseño de cubierta: Erik Chiri  
Corrección de estilo: Alberto Ñiquen  
Cuidado de la edición: César Ferreira y Gerardo Castillo  
Asistente de edición del Fondo Editorial PUCP: Nelly Córdova

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio total o parcialmente,  
sin permiso expreso de los editores.

*Derechos reservados*

ISBN: 9972-42-579-7  
Hecho el Depósito Legal N° 1501052003-3008

Impreso en el Perú - Printed in Peru

## *Dos señoras conversan* y las lecciones de Bryce

Daniel Córdova Cayo

Del Perú de ayer y de hoy, de la elite en decadencia con su admirado Miami, de la Cerro de Pasco Copper Corporation clavada en el centro de nuestro mapa, de intelectuales peruanos chupando y recordando en el extranjero, de la contradictoria ingenuidad de alguna izquierda de fines de los setenta. Una vez más encontramos en Bryce Echenique, cuando nos sitúa en estos escenarios, una simple y aguda visión de la historia reciente del Perú, apreciada desde un punto de observación ubicado en el submundo burgués limeño.

Pero también de la complejidad de la naturaleza humana que nos sorprende siempre por la enorme diversidad en carácter, en sentido moral y en inteligencia que puede haber entre individuos de idéntica educación y hasta de idéntico destino. De la entereza posible en algún personaje que forma parte de una organización inescrupulosa. Y, por supuesto, de la amistad, de los afectos sinceros opuestos a lo huraño, a lo arisco. De todo ello y de mucho más tratan las tres breves historias compiladas bajo el título de la primera de ellas, *Dos señoras conversan*.

La incursión de nuestro autor en la novela corta puede marcar el inicio de una nueva etapa en su obra, la de una madurez durante la cual, para nuestro deleite, nos podrá bombardear de historias de las que el análisis de lo social y de lo individual se combinan con verdad y humor. Todo ello casi sin que nos demos cuenta, por la elegancia de su estilo y por su capacidad para divertirnos con las situaciones más trágicas.

Es frecuente en el Perú que los escritores nos enseñen a comprender la historia mejor que los *científicos sociales*. Lo ha subrayado implícitamente Alberto Flores Galindo recurriendo a Arguedas, por ejemplo, y ha parafraseado a Sartre para manifestarlo explícitamente proponiendo la historia total como método: «Yo pensaba que si la

verdad es una, es menester, como ha dicho Gide de Dios, no buscarla en ningún lugar que no sea en todo. Cada producto social y cada actitud, la más íntima, la más pública, encarnan alusivamente esa verdad. Una anécdota refleja toda una época lo mismo que una Constitución Política». Las tres novelas escritas por Bryce en 1990 no solo están impregnadas de aquella *historia total*. Más importante aún es su análisis de la psicología individual.

### *Dos señoras conversan*

En el primer relato, Bryce escapa de su habitual personaje (Julius, Pedro, Martín, Felipe) para dedicarse enteramente a la contemplación. Dos viejas pitucas, más viejas que las pitucas de Alfredo (el caricaturista), viven de recuerdos y de diarias y falsas copitas de Bristol Cream, en la Lima de inicios de los ochenta.

Las dos hermanas Foncuberta, «viudas las pobres de los hermanos Juan Bautista y Luis Pedro Carriquirí», convergen por la añoranza de la República Aristocrática, adorando formalmente la imagen de su papacito. Pero divergen porque Carmela es una vieja arisca, bruta y autoritaria, y Estela, por el contrario, es simpática y en extremo tímida.

Estela demostrará siempre, sutilmente, que Carmela es «corta de entendederas», pero muerta de miedo lo negará cada vez que se hace evidente: «Pero si la más inteligente has sido siempre tú Carmela. Acuérdate que eso nos lo enseñó nuestro papacito desde que éramos chicas: tú siempre ibas a ser la más inteligente porque siempre ibas a ser la mayor de las dos». Y para calmarla le cambiará de tema: «Qué linda era Lima entonces ¿no?».

En aquel mundo oligárquico de antaño la rebeldía individual existió siempre. Se trataba de personajes sensibles como la madre de las señoras, quien le hizo una broma de heces al presidente Benavides, y terminó loquita (es decir hiperlúcida) o como Luis Pedro Carriquirí, quien murió de infarto en el lecho de su amante. Rebeldía adecuadamente reprimida por los más beatos, cucufatos y racistas, los que llevaban las riendas.

Ahora ya no es lo mismo. Ya no se consiguen sirvientes de Cajamarca («hasta blancones y educadísimos»). Los respectivos hijos de las señoras están en Miami muy ocupados en sus pequeños negocios. Estos, a pesar de ser muy diferentes (el *bacán* avezado y el gordito bonachón), se quieren como hermanos. No como sus padres,

hermanos de verdad, quienes no se dirigieron la palabra desde jóvenes y hasta la muerte, a pesar de que durante décadas, manejaron grandes negocios y compartieron amicales reuniones en el Club Nacional. El hijo de Juan Comunción-hijo ya no es el negro criollo chofer de la familia, como le hubiese correspondido; entró a la universidad y se volvió terrorista. Susana Mendizábal, secretaria debe ser, porque a pesar de su gran afecto por los primos Carriquirí Foncuberta, no soporta estoicamente la dictadura de la vieja de eme de Carmela. El Perú ya no es el de antes.

### *Un sapo en el desierto*

Regresa el hipersensible personaje de Bryce, hijo de buena familia, bajo el nombre de Mañuco Cisneros. Ahora está en Austin, Texas, como profesor invitado. Está chupando cerveza Budweiser con buenos y nuevos amigos hispanos, en «The Tavern», alias el bar «La Cucaracha». Les cuenta la historia de una especial amistad que hizo en la adolescencia con una pareja de gringos especiales, Don Pancho Malkovich (de complicadísimo origen croata-austro-húngaro-italiano, con Primera Guerra Mundial) y su esposa Sally.

Don Pancho tenía un cargo importante en la Cerro de Pasco Copper Corporation. Era un gran tipo. Apreciaba la comida criolla y el chifa, el buen trago, la ópera italiana, y fumaba Inca, «que sí era yanqui, pero que no era yanqui del todo, otra vez. No sé cómo explicarlo, pero digamos que había algo de Trieste y de ópera italiana en todo el asunto».

Un acto de honestidad realizado por Mañuco a los quince años es el origen de su rara amistad con la pareja cincuentona. Mañuco es adoptado por Pancho y Sally, quienes lo invitan a Cerro de Pasco varias veces. En cierta medida estos compensan la ausencia de su hijo, que les salió con vocación piloto de guerra, ansioso de bombardear Corea o Vietnam. Es decir, muy diferente a ellos y a Mañuco: *un clin d'œil* entre tantos para mostrarnos la irracionalidad de la naturaleza humana. Evidentemente, Mañuco debe inventar ante sus padres que quienes lo invitan son los padres de un cómplice amigo del colegio, porque «para mi viejo toda aquella amistad entre un hombre de su edad y yo, sólo podría ser fruto de la mariconería de un gringo sinvergüenza». Entre litros de Budweiser, Mañuco, el profesor de literatura peruana en Austin, les cuenta a sus amigos con esa habilidad que le permite a Bryce aventarnos cien años de historia a partir de la

letra de un valsecito criollo, su historia con don Pancho, a quien quiere visitar ahora, veinticinco años después. Mañuco lee y juega *sapo* con don Pancho en Cerro de Pasco, pero también observa. Es la historia de una amistad profunda pero también la de uno de los pedazotes de tierra que el Perú puso a disposición de los Estados Unidos para colaborar con su desarrollo.

«Yo siento que las novelas de Scorza y la historia de don Pancho se complementan señores ¿cómo decirlo? A veces me parece que Scorza y yo hubiéramos vivido a uno y otro lado de la reja electrificada que separaba dos mundos», declara Mañuco. Dos mundos incompatibles bajo aquellas condiciones de explotación. Don Pancho pagó el pato de su inocente entereza. Cuando la revuelta, los mineros le dan una paliza a él, que había tratado sin éxito de *humanizar* aquella explotación. Se quedó hasta el final, como el capitán de un barco, y los bastardos de sus colegas yanquis —porque don Pancho y Sally eran humanamente marginales en aquel grupo— huyeron sin preocuparse de su suerte.

Sí, pues, desde el otro lado de la reja puede uno darse cuenta de que la historia social es también la historia de los individuos, y de que por lo tanto no es tan simple. Evidentemente, un gringo así puede terminar jodido y autoexiliado en su propio país, perdido en medio de un desierto, con el *sapo* de sus tardes con Mañuco abandonado en el patio trasero de su casa. Jodido, sobre todo si su hijo se ha convertido a una de las cuchucientas iglesias integristas de los Estados Unidos, y no le quieren dar vino tinto, ni chile con carne bien picante, «con arroz, como en el Perú».

*Los grandes hombres son así. Y también así*

Un irónico pero efectivo análisis de las contradicciones psicológicas y de la histórica ingenuidad, cargada de buenas intenciones pero ingenuidad al fin y al cabo, de un hombre de izquierda en el Perú, a fines de los setenta.

Una gran amistad une a Santiago, el personaje típico de Bryce, y a Raúl, un joven y avezado dirigente de una fracción producto de «las nuevas divisiones en el seno de la contradicción FEP y FIP», opuesta a la tendencia ONUC (y qué importa en quién se haya inspirado Bryce). Como en *Dos señoras conversan*, resalta el contraste de personalidades entre dos individuos educados en el mismo medio. Tienen en común, aparte de Eugenia y su propia amistad, la infancia

en el Inmaculado Corazón. Pero la diferencia de caracteres como suele suceder, se dibujaba desde aquella época.

Santiago, como Mañuco y los otros, es aquel tímido y agudo observador, que —esta vez— carga desde la infancia con un problema que busca resolver con la ayuda de Raúl, le tiene espanto a las arañas. Raúl fue desde primaria el guapo líder, campeón innato, aunque no abusivo, como un buen héroe. Era entonces casi lógico, en los años sesenta, que de católico devoto se convirtiera en marxista-leninista, para así satisfacer su instinto heroico motivando «la transformación radical que la sociedad peruana necesitaba a gritos: la conquista del poder político y económico por el proletariado y por Raúl».

Raúl se encuentra en la clandestinidad cuando Santiago llega de París. Debían verse después de la muerte de Eugenia, esposa de Raúl e «ídolo bis» de Santiago. Es la época de la Constituyente, en la que el paro de 1977 había anunciado la inminencia de la revolución. Habían quedado en hacer juntos un viaje a la selva para que Santiago terminase de una vez por todas con su problema de las arañas y para hablar de Eugenia.

Sin embargo, desde el velorio de esta, Raúl había iniciado la conquista de otra amiga de la infancia, la riquísima Nani Peters («los caballeros las prefieren pelirrojas y lindas y ellas los adoran marxistas leninistas»), recién llegada de Suiza, y bautizada «La Nana», *gauchisme oblige*. Finalmente, una mujer de puta madre. En consecuencia, el viaje no fue como Santiago esperaba, porque Raúl, como en el recreo treinta años atrás, estaba concentrado en su rol de héroe, activando las bases de Tingo María.

La riqueza de los personajes y la connotación que encierran son remarcables porque son verdaderos. Desde Luchito Camino (el nombre no pudo ser mejor), amigo de Nani, a quien solo le interesa su maderera en la selva y es capaz de correr riesgos por los buenos amigos, hasta Óscar, el marino buena gente, que los invita nada menos que a la base, la guarnición Estrecho Río Napu.

Lo irrisorio de esa clandestinidad política llega aquí a su límite. «Santiago soltó la carcajada y miró a Raúl como diciéndole que era el clandestino más desconocido del mundo, bien-hecho». Y «Raúl terminó comiendo hasta con los altos mandos, interesándose por el trato que se le daba a los marineros». «Pero el colmo de los colmos fue que algunos oficiales, maravillados con la gran capacidad de organización que había demostrado Raúl, le pidieron que asistiera a una reunión con motivo de las próximas fiestas de la base». «... Nani Peters y San-

tiago asistieron con él, en prueba de su total solidaridad con el compañero en desgracia, y vieron cómo éste, con verdadera hidalguía, hizo gala de una gran serenidad, de un enorme coraje en la adversidad, y dejó los próximos festejos de la guarnición perfectamente bien preparados en los rubros referentes a los gastos, música, seguridad, menú y otros pormenores más».

Pero una tal ironía no puede ser real sin ser imparcial; a la llegada a Tingo María, Raúl fue reconocido por el compañero León de Huánuco (inmediatamente después de haberse quitado una de las setecientas pelucas rubias donadas por la China Popular). Fue reconocido también en el avión de regreso por un ex ministro del Interior que lo había torturado una vez, aterrado porque Raúl fue invitado a la cabina del Focker y «este comunista de mierda es capaz de cualquier cosa. Recen, por favor». La ridiculez del anticomunismo (sinónimo explícito de racismo para nuestra elite económica) es graciosamente presentada en boca de la madre de Santiago: «Porque estoy completamente segura de que todo ese viaje a la selva que andan preparando con el tal Raúl, no es sino un pretexto para complotar contra el general decente Francisco Morales Bermúdez, que por fin nos libró del impresentable chino Velasco, un cholazo que entró al ejército de soldado raso y al que ni un millón de galones de condecoraciones le enseñaron a hablar bien el castellano».

La capacidad de Bryce para ironizar sobre los revolucionarios de su generación, sin caer en el mal gusto de tomar el partido contrario, la habíamos encontrado en *La vida exagerada de Martín Romaña*. Allí son los mocasines de los izquierdistas que planean la revolución desde París a fines de los sesenta, los que delatan el arribismo de aquellos que regresarían a trabajar con burguesa panza en algún ministerio; aquellos *conchudos* personajes que con cara de camaradas eran capaces de violar la intimidad —*privada* por definición— de un reaccionario de mierda, aprovechando de su amistad por supuesto. Acá el asunto no es tan simple, porque el pituco que se volvió marxista-leninista es consecuente. La entereza moral, que es lo más importante en el individuo, es discutible en este. No obstante, el problema de lucidez es similar.

Desde los años sesenta, Bryce supo situarse por encima de la moda ideológica y analizar, desde un punto de vista auténtico, las contradicciones entre la actitud individual y el compromiso político afichado, la oposición entre el carácter utópico de algunos sueños y la complejidad de la realidad, los límites intelectuales de posiciones *ideológico-religiosas*.



A diferencia de otros, Bryce nunca se ha visto en la necesidad de cambiar abruptamente de óptica (de la izquierda radical al liberalismo virulento, por ejemplo), sin dejar de evolucionar como un crítico implacable. Es, tal vez, la diferencia esencial entre alguien que buscó pensar, crear y vivir feliz —y nos sedujo automáticamente—, antes que cómo pensar y cómo crear, para seducir, ser querido y admirado y, en consecuencia, ser feliz. La sed de poder antepuesta a la pasión de crear se delata cuando un intelectual cambia de principios (y no únicamente la forma de aplicarlos) de manera radical. Ello significa sobre todo que nunca pensó por él mismo, que se adaptó al ambiente ideológico reinante, que no fue capaz de tomar la distancia necesaria.

La grandeza de un escritor, como la de todo intelectual, no es ajena a la del personaje que lo encarna. La grandeza de la obra de un intelectual, sea este, pintor, escultor, escritor o economista, se aprecia por la constancia y por la coherencia de sus sucesivos trabajos. Alfredo Bryce Echenique es, creo, el más grande escritor peruano contemporáneo.

[*Quehacer* 75, Lima, enero-febrero 1992: 106-111]